LA MONJA MALDITA

LEYENDA

POR EL CONDE DE FOXÁ,

DEDICADA AL EMINENTE ACTOR

D. RAFAEL CALVO.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 27.

1879.

LA MONJA MALDITA.

3

LA MONJA MALDITA

LEYENDA

POR EL CONDE DE FOXÁ,

DEDICADA AL EMINENTE ACTOR

D. RAFAEL CALVO.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 27.

1879.

A mi amiguita la Sra. D.
Emilia Gervasini en recuerdo
de afecto y amistad
El Conde de Foxá
6 Julio 1879

LA MONJA MALDITA.

LEYENDA.

Negra es la noche, oscuro el firmamento,
Lutos en rededor, sombras do quiera,
Con estrépito infernal rugía el viento,
Surcaba el rayo la celeste esfera;
Rauda la tempestad su carro lanza,
El trueno la acompaña en su carrera,
Y al rodar por los cielos su estallido,
Triste la tierra murmuró un gemido.

Solitario, entre breñas resguardado,
Un convento de tímidas doncellas,
A lo léjos se distingue arruinado,
Al cárdeno fulgor de las centellas;
Negros muros le cercan y aprisionan
Cual los votos eternos con que aquellas
A Dios y á su convento se ligaron
Y en sus puertas del mundo se olvidaron.

Tan sólo polvo, soledad y ruina
Al monasterio deparó la suerte,
Y el caminante su cabeza inclina
Ante el coloso que rindió la muerte;
Sus régias escaleras desgajadas,
Su gótico arquitrave yace inerte,
Profanados el altar, la fria tumba,
El templo paso á paso se derrumba.

De candorosas doncellas fuiste un dia
Quieta morada, y de preclaros reyes
Las sepulturas ostentas á porfía,
¡Testigas mudas de celestes leyes!
En tu bóveda altiva ya no cuelgan
Las banderas ganadas á los Beyes
De Túnez y de Orán, ni el abollado
Férreo casco de indómito cruzado.

La soledad cual reina allí domina,
Y apénas el silencio lo quebranta,
El soplo de la brisa vespertina,
Que al declinar la tarde se levanta;
Tan sólo un campanario resta erguido,
Y soberbio del polvo se agiganta,
Cuyas lenguas de bronce vibradoras
Del tiempo anuncian las fugaces horas.

La noche avanza, más la sombra crece,
Del aquilon aumentan los rugidos,
La oscuridad sus pompas engrandece,
En torno aquellos muros carcomidos;
De pronto los senos de la atmósfera
Rasgan de una campana los tañidos,

Media noche sonó, clara y vibrante,
Que oculto el eco trasmitió gigante.

Una sombra fantástica y ligera,
Por la voz del metal sin duda erguida,
Yo miro descender por la escalera
Al fulgor de la bóveda encendida;
Blanco es su traje, grave el continente,
Y á pesar del horror que me intimida,
La diáfana aparicion veo y contemplo,
Entre las ruinas divagar del templo.

¿Será acaso de la rica fantasía,
Portentosa creacion, ó de la mente
Trastornada por diabólica falsía
Vago delirio, abrumador, potente?
¿Fué verdad ó fatídicos ensueños
Cuanto ví y escuché con ansia ardiente?
¿O tambien la mujer del blanco sayo
Fué un cambiante del sulfúreo rayo?

No, yo admiré sus giros y apostura,
Su erguido caminar, su gentileza,
Su triste y fatídica hermosura,
Y el cadente ondular de su cabeza;
Yo la ví en aquellas frias soledades,
Do germinan la muerte y la tristeza,
Yo escuché aquella voz dulce y sonora,
Cual la del ave al despuntar la aurora.

No fué ensueño letal, ni tan siquiera
Fantástica ilusion de mis sentidos,
Cuanto ví, áun resuena plañidera

Aquella voz argentina en mis oidos;
Y los ecos de su última palabra,
En brazos de las áuras conducidos,
Llegan tristes á mí, cual á la arena,
Las verdes ondas de la mar serena.

Ven, me dijo la solitaria dama,
Y su mano de marfil asió la mia,
Y al tocarla sentí candente llama,
En la cual mi corazon se derretía;
Sumiso, anhelante, trasformado,
Veloz el mandato obedecí del guia,
Tras ella me lancé, y en un momento,
En las ruinas entramos del convento.

Recorrimos silenciosas galerías
Y cláustros de imponente arquitectura,
Tenebrosas y fantásticas crugías,
Pórticos de elegante cimbradura;
Abismos y subterráneos do golpea
El agua que filtró la peña dura,
Y en silencio mis ojos contemplaban
Aquel caos que las sombras agrandaban.

Altos muros, torreones derrumbados,
Gigantescos portales atrevidos,
Mausoleos y sepulcros profanados
Y altares en el polvo confundidos;
Todo en revuelta confusion giraba,
Y en los senos de la noche reunidos,
Carcajadas se escuchan y lamentos,
Del trueno el rebramar, rugir los vientos.

This book is given special protection for the reason indicated below:

✓Autograph	Giftbook
Association	Illustration
Condition	Miniature book
Cost	Original binding or covers
Edition	Presentation
Fine binding	Scarcity
Format	Subject

L82—5M—12-57—64525

AEe

Encantadas y celestes armonías
Que trunca el huracan en un instante,
Con gemidos de tremendas agonías
Se adhieren en compas horripilante;
Todo al fin en hirviente torbellino,
Pasa, gira, se escucha y delirante,
Aquel caos infernal se agranda y crece,
Y en las sombras sin fin se desvanece.

Los cánticos cesaron y las risas,
Los ayes de dolor, las carcajadas,
El girar de las bóvedas macizas,
De los muros, campanarios y arcadas;
El silencio mortal solo quebranta
El duro resonar de mis pisadas,
No enturbia al firmamento nube alguna,
Lo inunda el rayo de la blanca luna.

La nívea luz del astro cariñosa
Sus fulgores de plata reflejaba,
Sobre una triste y solitaria losa
Que en el centro del cláustro descansaba;
Una cruz gigantesca de granito,
Al lado de la tumba se elevaba,
Cual árbol que al final de su camino
Frescura y sombra ofrece al peregrino.

Presurosa la dama y con anhelo
So la tumba hincóse palpitante,
Y con sus manos débiles del suelo
Arrancó la fria losa en un instante;
Un cadáver del fondo de la huesa
Estrajo, y en sus brazos delirante,

Le estrechaba con cariños que á porfia
El cadáver putrefacto devolvía.

Yo, trémulo de horror, extremecido,
El final aguardé de la aventura;
En tanto aquel cadáver carcomido
La dama devolvió á la sepultura;
Irguióse despues y con voz trémula,
Rebosando dolores y amargura,
Refirióme el fatídico misterio
Que la ruina causó del monasterio.

Oye, mortal, y en tu memoria graba
Mi leyenda fatal, desgarradora,
Que cual torrente de encendida lava,
Este espíritu sin cesar devora;
Justo castigo fulminó el Eterno
En contra la soberbia pecadora,
Que trocó la luz divina y su alegría
Por el terrible y nefando amor de un dia.

En los pasados tiempos orgulloso,
A las nubes sus torres elevaba
Aqueste monasterio poderoso,
Y su pétrea muralla resguardaba
Un rebaño de tímidas doncellas,
Que al pié del ara penitente oraba,
Y el Supremo Señor desde la altura
Gozaba en su fervor, en su ternura.

En triste noche el huracan bramaba,
La tempestad en los cielos se cernia,
El trueno poderoso retumbaba

Y las torres del convento removía;
A deshora el sonar de la campana
Avisóme que un viajero pretendía
Hospedaje, y ordené á la tornera
Que al caminante el portalon abriera.

Un doncel de gallardo continente,
Tipo de juventud y de belleza,
Acompañado de guerrera gente
Desmontó del corcel con ligereza;
Sus miradas que fulgores despedían,
En mis ojos clavaba con fijeza,
Y sentí mi existencia trastornada
Bajo el peso fatal de su mirada.

Con voz tímida, suave y cariñosa,
Suplicóme abrigo, pues recrudecia
Por fuera la tormenta pavorosa,
Y lejano estaba aun el nuevo dia;
Abadesa yo y del cláustro dueña,
Concedile aquello que cortés pedia,
Y entró en el monasterio reverente
Aquel cortejo de guerrera gente.

Alojados ya, absorta y pensativa,
Retiréme á mi celda solitaria,
Y letal cual la flor de siempreviva
Al cielo dirigí triste plegaria;
Sentía en mi corazon rugir la llama
De una pasion voraz, extraordinaria,
Cual ruge tras ignívoros afanes,
La candente materia en los volcanes.

¡Cuánto sufrir! cuán rendida el alma mia
A los piés del Eterno suplicaba,
Y aquel fuego devorante no extinguía
El llanto que á torrentes derramaba:
Loca de pesar, de pena henchida,
Amargas ondas del dolor surcaba
Mi pobre nave y se estrelló violenta
En playa de arrecifes turbulenta.

Dulces eflúvios de celeste encanto,
Ilusion vaga del amor primero,
Rendida queja de mortal quebranto,
Del sagrado deber el ¡ay! postrero:
Todo en mi pecho cual revuelto cráter
Luchó, en tanto del pájaro agorero,
En aquella noche de soledad umbría,
El canto fúnebre y sepulcral se oía.

Ébria de amor abandoné furtiva
Mi celda triste, y de la noche en calma,
La brisa murmurante y fugitiva
Cariñosa vino á refrescar mi alma;
Descendí las marmóreas escaleras,
Oscilante, abatida cual la palma,
Que el *simoum* con su ráfaga estremece
En la tórrida arena donde crece.

Llegué al cláustro, la luna lo colora,
De la noche extingue el fúnebre capuz,
En tanto la mirada soñadora,
En campos se pierde de argentina luz;
Rendida de dolor busqué reposo
En las pétreas gradas de sagrada cruz,

¡Tambien allí! terrible suerte impía,
Mi satánica pasion me perseguía.

Sí, á pesar del emblema sacrosanto,
Una voz infernal, enronquecida,
Gritaba sin cesar en mi quebranto
Cede, no luches, que el amor es vida;
Otro acento tremendo, inexorable,
Resonó en mi conciencia pavorida,
Poderoso gritando, claro y fuerte,
Mujer, tu amor sacrílego es la muerte.

¡El Averno venció al fin! del pecho mio,
Férvido desbordó raudal insano,
Cual las turbias olas de agitado rio,
Al vomitar su corriente al Océano;
Un volcan de satánicas pasiones
Ardió en mi corazon cual soberano,
Y su lava encendida y bullidora
Por mis venas discurría abrasadora.

De pronto en el silencio pavoroso
De la noche resuenan apagadas,
En son acompasado, misterioso,
De criatura mortal sordas pisadas;
La oscuridad sus formas engrandece,
Llega al cláustro, se apoya en las arcadas,
Y reconozco al apuesto caballero,
La imágen viva del amor primero.

Su faz, que hermosura al cielo roba,
Inunda el rayo de la blanca luna,
Y admirándole mi ánimo se arroba,

Y en delicias fantásticas se cuna;
Avanza por el cláustro y delirante,
Una emocion extraña cual ninguna,
Mi corazon asalta y le estremece,
Y el cuerpo aniquilado desfallece.

¡Ah! por fin desperté, los ténues lazos
Que de la vida ligan el misterio,
Por mi mal se anudaron en los brazos
Del huésped que albergaba el monasterio;
Débil lucha mi voluntad rendida
Opuso al dulce y grato cautiverio,
Y al pálido fulgor de las estrellas
Escuché de su amor tiernas querellas.

¿Eres ángel ó mujer? Así decía
El mancebo en su delirio amante,
Y en sus ojos el amor resplandecía
Cual en los cielos el planeta errante;
¿Por acaso dos flores al besarse
Engendraron tu belleza radiante?
¿O la aurora en sus gasas adormida
Con un rayo de sol te dió la vida?

¡Ah! te adoro, sí, ¿no te parece
Que vagas por espacios celestiales,
Que tu alma enamorada se engrandece,
Que sueñas en placeres inmortales?
¿No sientes cual el fuego de mi pecho,
De tu pecho tambien nace á raudales,
Y cual gota de rocío á tu pupila
Líquida perla tremolante oscila?

Óyeme: si mi palabra te embriaga,
Si el acento frio de mi voz te inspira,
Si el dulce arrullo de mi amor te alhaga,
Cual ecos vagos de celeste lira,
No me lo digas ¡oh! no, que el pecho mio
Por felicidad tanta no suspira;
Un átomo de amor es mi consuelo,
Uno tan solo para crear un cielo.

Y deja que en mis brazos el alhago
De tu belleza y mi pasion se quede,
Déjame del amor cruzar el lago
Aunque despues en los abismos ruede;
Al delirio fatal que me enajena,
Celeste mujer, benigna accede,
Y formaré para tí en el espacio
Un tálamo de nácar y topacio.

Yo libaré cual vaga mariposa
La pasion de tu labio purpurino,
Y en tus mejillas de ámbares y rosas
Jamás el llanto trazará camino:
El límpido cristal de tu pupila
Estrella será de mi destino,
Y si anhelas del cielo blanca nube
Sus alas de oro robaré al querube.

Y robaré á los orbes sus estrellas,
Al proceloso mar blancas espumas,
A la negra tormenta sus centellas,
A los pintados pájaros las plumas;
A los rios para galas femeniles
Sus ligeras nieblas y sus brumas,

Y los mares, la nube, el firmamento
Esclavos los hará tu solo acento.

Abre tus ojos, deja que el abismo
De tu pasion descubra vanidoso,
Deja que contemple por mí mismo
De tu amor el raudal vertiginoso
Que hirviente en el fondo se condensa,
Y despues cual torrente caudaloso,
En torbellinos se lanza al mar bravío
Cual en tu alma ardiente el pensamiento mio.

Dijo el doncel, y estática, anhelante,
De su impuro labio la pasion bebía,
Y rechazar no supe agonizante,
El brebaje fatal que me tendía;
Sedienta de cariño y de ternura,
Palpitante entre sus brazos absorvía
De su palabra el encantado acento,
Que adormeció letal mi pensamiento.

¡Yo le amé, sí! ¡Cuán rápidas las horas
Henchidas de pasion y de hermosura
Trascurrían á su lado encantadoras,
Soñado espacio de letal ventura!
Réproba, de mis votos olvidada,
Por su amor fuí sacrílega y perjura,
El cláustro profané ¡tanto le amaba!
Que dichosa por él me condenaba.

Perdida la razon entre sus brazos,
A la faz de la luna y las estrellas,
Unidos por amor en tiernos lazos

Un beso terminó nuestras querellas;
Y surgió del abismo tenebroso
Cual surgen de la nube las centellas,
Al sonar aquel beso maldecido,
De Satán vencedor triple rugido.

Con risas estridentes celebraba
Su victoria Satanás y su alegria,
Y triste en el espacio se elevaba,
Entre blancas nubes la inocencia mia;
El terrible clamor de los infiernos,
Los abismos terrenales conmovía,
Y mi alma pertinaz en su locura
Ardientes frases al doncel murmura.

Negras nubes en hórridos girones
Apagaron la luz del firmamento,
Ocultóse la luna entre crespones
Y en sus ántros rugió feroz el viento;
Del Eterno terrible y vengadora,
Retumbó al fin la voz, y aquel acento
En alas de los truenos conducido
Al mundo dispertaba extremecido.

Despeñada del cielo vibradora
De sulfúrica luz en raudo giro,
Cual lengua enrojecida, abrasadora,
Una centella desprenderse miro;
Rápida, fulgurente el dardo clava
Al amante doncel por quien suspiro,
Y trémula de horror veo espantada
Una masa rodar carbonizada.

Ronco grito salvaje inimitable,
De tremendo pavor rudo gemido,
De mi pecho se escapa formidable
Al mirar el cadáver renegrido;
Perdida la razon y moribunda
A poder escapar hubiera huido,
Pero mis piés cual plomo me pesaban,
Y en las fúnebres losas se incrustaban.

Despues... rojas y ardientes llamaradas,
Culebras de fuego horripilantes,
Crujidos espantosos, bocanadas,
Sulfúricos vapores infectantes;
Torreones altaneros se derrumban
Y columnas y bóvedas gigantes,
Y al compás de satánicos clamores
El incendio avivaba sus furores.

Hórridos gritos de terror y espanto,
De las campanas funeral tañido,
De las castas doncellas triste llanto,
De su último dolor el alarido;
Aquel caos en gigantescas oleadas
Luchaba cual el mar embravecido,
Y arrollando el estrépito arrogante
Retumbó de Jehová la voz tonante.

Mujer impía, satánica y perjura,
Del doncel rota la vital cadena,
Sufrirás en su misma sepultura
De tu delito la tremenda pena;
En tanto que del sol el ígneo foco
Preste al mundo su luz clara y serena,

En insecto repugnante convertida
En sus despojos buscarás guarida.

Cuando la noche apreste sus crespones,
O la luna su luz vierta á raudales
Tu espíritu humanas condiciones
Recobrará en los ántros sepulcrales;
Será lecho de amor la fria tumba,
Y sumida en angustias infernales
Prodigarás en hórridas delicias
Al cadáver hediondo tus caricias.

En infame coyunda maldecida
Crecerá vuestro amor en la laceria,
Y cual lucha la muerte con la vida
Vuestra alma luchará con la materia;
Sumidos en torturas infinitas,
Esclavos viles de la vil miseria,
Sufrireis el roedor duro tormento
Del tétrico y feroz remordimiento.

Si un dia de vuestras lágrimas al peso,
De mi justicia la balanza inclina,
Del convento el torreon que resta ileso
Mi potente mano abismará en ruina;
En señal de perdon fúlgida estrella
Brillará entre los astros peregrina,
Y abandonando térrea podredumbre,
Del alto cielo ganareis la cumbre.

Dijo la dama, y hórrido estampido
Al poeta despertó, y anonadado
Realidad creyó lo que dormido

Habia entre congojas vislumbrado;
Sin embargo, su ardiente fantasía
Confesar no quiere que ha soñado,
Y aguarda que el torreon del monasterio
Le de la clave del fatal misterio.

EL CONDE DE FOXÁ.

1.° de Marzo de 1879

3 0112 117479631